

ALFAGUARA



Tomás de Mattos

El hombre de marzo

El encuentro

Capítulo XXI

El arribo triunfal

ENTREVISTADO: CARLOS MARÍA RAMÍREZ

¿Me decís, Pepa, que la propia Adela ya te ha dicho que sabe todo lo que ocurrió entre Pedro y la Dickinson en Washington? ¿Lo que se dice “todo”, pero “todo”?

¡Nunca me imaginé que Pedro llegara a tal extremo de transparencia! Bueno, ¡a esa mujer no se le puede ocultar nada! En el arte de arrancar confesiones, nadie ha de superarla. ¡Qué espina le resultó en su vida la existencia de Annie Dickinson!

—No me agrada que haya sido ella, y no yo, la que le abrió a Pedro su camino en la vida —me dijo una única vez—. Yo lo acompañé, y solamente yo fui la madre de sus hijos y él me reconoció siempre como tal; pero ella, aunque para siempre ausente, nunca dejó de guiar su pensamiento.

Yo no sabía que Adela le había encargado a Bartolito que averiguara cómo le había ido a Annie después de 1868 y, por supuesto, menos que tenía esas tan penosas noticias. Ella nunca me las comunicó. De haber vivido para saberlas, Pedro hubiera lamentado mucho esas penurias tan injustas. La tuvo siempre en el máximo pedestal y no pongas en duda que se hubiera solidarizado con ella. Por lo pronto, sería muy consciente de la causa de sus desventuras.

—No he conocido persona más noble, más corajuda, más inteligente y más sensible que Annie —lo oí afirmar unas tres veces, la última estando ya casado con Adela, pero siempre en su ausencia.

Y decía “persona”, era claro que incluía a los varones y a las mujeres. A todos. A Adela también.

Afortunada decisión la nuestra de comenzar el libro por Latorre, y no por el frustrado pero muy romántico encuentro final entre Pedro y Anne Elizabeth, como estuve tentado de hacer en mi biografía. Bartolito resultó mucho más discreto y caballeresco que yo. Me pliego entonces a su silencio y delego en Adela la decisión de revelar

o no el peculiar secreto de esa sexta y última noche de la estadía de Annie en Washington. Me limitaré a contarte esto: Pedro decía que nunca vivió “horas de mayor ternura y más penosas”. Y, por las dudas de que Adela calle, te sugeriré en titulares lo que pasó. Pedro llegó a introducirse en su lecho, pero Annie nunca dejó de dudar. Osciló siempre entre la aceptación y la aprensión y, al fin, se liberó del arro-bamiento de las palabras y de las caricias con que Pedro casi había logrado seducirla.

Bueno, cambiemos de tema, porque si no lo hacemos daré otros detalles que no me corresponde revelar.

¿Me permitís que, antes de contarte el arribo a Montevideo, me demore unos instantes en comentar la carta de Bartolito? Creo que es oportuno rescatar detalles de la increíble fortuna de que gozó Pedro para que Sarmiento, sin vacilaciones, no lo alejara de sí y lo recibiera, dándose oportunidad para captar en esas breves entrevistas las nobles potencialidades que su joven visitante encerraba.

Te pido tiempo, también, para redondear el análisis de los impactos que el viaje produjo en la personalidad de Pedro y en la pacata sociedad montevideana.

* * *

Si Pedro no hubiera sido primo de los Varela Cané, el Viejo jamás lo habría recibido.

Esto es evidente, no solo por las suspicaces inferencias de Bartolito, sino porque el propio Sarmiento lo confesó durante el viaje de regreso. Y Pedro, prudentemente, tuvo que pagar el precio de pasar en la Legación por admirador del inescrupuloso diario de sus primos, para acceder a un trato prolongado con su venerado educacionista. No sabía él que don Domingo guardaba más recelosa opinión que la suya respecto de *La Tribuna*.

Ya no estaban lejos de sus hogares. Habían zarpado del Janeiro. Una noche tibia pero brumosa, calmo el mar, después de cenar salieron a cubierta para que Pedro fumara el delgado habano con el que despediría el tabaco por ese día. Me dijo que se sentía bien, pletórico de optimismo, y que le parecía un sueño haber accedido en tal grado a la confianza de quien sería presidente de los argentinos. “*No cualquier presidente, sino que ha de ser el más grande*”, pensaba. Lo notaba cambiado, sin la ferocidad en la que caía frecuentemente en el pasado.

El Viejo se habrá fastidiado viéndose en cubierta, acosado por la brisa cálida pero húmeda que le había obligado a subirse el cuello de su levita, y acompañando a un mozalbete, silencioso y absorto en su cigarro, que no se dignaba dirigirle la palabra.

—¿Por dónde andan sus pensamientos? —le gruñó, exigiéndole atención.

Pedro pudo hacerse una idea de su fastidio, pero me aseguró que no se inmutó. “*Estaba en mí la posibilidad de halagarlo de inmediato*”.

—Pensaba, señor, en las increíbles vueltas de la vida.

Como deseaba concederse una pausa, inhaló una larga bocanada. Y cuando el humo ya volvía de los pulmones, añadió:

—¡Nunca el tío Florencio, muerto hace veinte años, influyó más en mi vida que cuando lo visité a usted en Nueva York!

Sarmiento se tomó su tiempo para responder:

—¡Cierto! ¡Muy pero muy cierto!

Y agregó con sarcasmo:

—¡El mártir de la libertad! ¿O del amor libre? ¿Mi precursor?

Parecía que pesaba en él la versión blanca o nacionalista de la muerte de don Florencio: el amante que había sido víctima del puñal del marido engañado. Pedro, desde que advirtió con dolor la escandalosa benevolencia de su tío Bernardo con Andrés Cabrera, al permitir que alguno de sus subordinados lo dejara circular libre y uniformado de policía por las calles de Montevideo, había sido el primero de su familia en inclinarse por la versión de la Defensa: el alevoso y premeditado asesinato político, encargado expresamente o atizado con insidia, incendiando aún más los celos del homicida.

Sarmiento repitió:

—¡El mártir de la libertad! ¡Cómo usaron sus primos esa imagen para empezar a publicar *La Tribuna*! Si no fueran hijos de Florencio, no sé si se les habría adjudicado la imprenta del Estado, con un arrendamiento irrisorio de unas habitaciones en la propia Casa de Gobierno. Tampoco estoy seguro de que prosperasen tanto, si no se les hubiera subsidiado con la adquisición de quinientos ejemplares diarios y si no se les hubiese tolerado una orientación tortuosa, a veces desembozadamente opositora, con algún ministro que les desagradara, en un diario éticamente obligado a ser oficialista para no caer en la ingratitud.

”Cuando se referían a su padre, muchas veces lo aludían con esa frase que, cuando la usaban, pasaba a ser un epíteto homérico:

«¡Florencio Varela, el mártir de la libertad!». En realidad, lograban que los lectores leyeran: «¡Nosotros, los Varela Cané, los jóvenes en quienes late la misma sangre que ofrendó el mártir de la libertad!».

”Así, cuando eran unos niños, su madre y Héctor, el mayor, convencieron a Valentín Alsina, padre de Adolfo, mi adversario electoral y apenas dentro de unos días mi vicepresidente, para que gestionara y lograra que el Gobierno de Buenos Aires costeara los estudios de los once hermanos.

Pedro lo escuchaba atónito. Se diría que Sarmiento, ya sabedor de que había sido electo presidente, no tenía prurito en transparentar la verdadera opinión que le merecían sus primos, la que, dicho sea de paso, se aproximaba mucho a la que él se había cuidado de manifestarle. Muchas veces, antes de su viaje, habíamos comentado que *La Tribuna*, pese a su exaltado liberalismo, era un diario más comercial que político, del que debíamos aprender más que nada su arte para conseguir avisos y atraer detrás de sí, como el flautista de Hamelín, a una masa de lectores no cabalmente cultivados, que querían sentirse conocedores de los entretelones políticos e íntimos de los poderosos. Debíamos evitar, por supuesto, su estilo chabacano y su maledicencia.

Sarmiento prosiguió:

—Para que mida bien lo que cuenta el azar en la vida de los hombres, le voy a confesar que tiene usted toda la razón. Yo lo recibí en Nueva York por el único motivo de que era primo de Rufino y Mariano, y podía servirme de guante protector para que mi trato con *La Tribuna* no contaminara mi causa.

”Yo no los valoraba como un apoyo decisivo; pero me convido a aceptar, casi sin sopesarlo, el ofrecimiento que Rufino me hizo llegar por carta. De sus primos, Vareleta, Rufino fue quien siempre me ha impresionado como el más sensato y el de más puras y desinteresadas intenciones.

”Confieso que esa adhesión a mi candidatura me resultó extremadamente sorpresiva y, si la estimara más, hasta tendría que llegar a decir que me pareció caída del cielo. Todos suponíamos que los Varela Cané iban a respaldar la candidatura de Adolfo Alsina, íntimo amigo e hijo de Valentín, su afectuoso y constante benefactor, la figura paterna con que suplieron la temprana pérdida de Florencio. Por otra parte, Mariano era, en ese entonces, ministro de Alsina en el Gobierno de la provincia de Buenos Aires.

”Más que me apoyaran a mí, importaba que no respaldaran a Adolfo. Aunque no consideraba que *La Tribuna* fuese un factor

decisivo o importante en la dilucidación de las elecciones. Desde su fundación, acumulaba una maravillosa serie de fracasos electorales: jamás había apoyado a candidatos que resultaran triunfadores. Claro que, después de la quinta o sexta tentativa, podría venir una séptima que quebrase la larga racha adversa. En los últimos años, había crecido considerablemente su tiraje y el respaldo de sus avisadores.

”¡Qué azarosa fue la decisión de sus primos! Incidió el hecho de que Héctor, el menos confiable de los hermanos y el jefe del clan por su mayorazgo y esa autocomplacencia que siempre le ha inhibido toda duda o escrúpulo, estuviese fuera del país.

”Más trascendente ¡y conmovedor! aún me ha resultado que Rufino me admirara y me prefiriera a Adolfo. Pero la voluntad de Rufino no hubiera bastado para resistir los embates que, desde la otra ribera del Río, habría de ensayar Héctor, quien sabe bien que no lo tolero y lo considero capaz de todo embuste.

”Por eso fue decisivo que Mariano, pese a su leal amistad con Adolfo Alsina, imprevistamente se inclinase por mí. Unitario obcecado, que rechaza a todo político, apenas este haya profesado en su pasado ideales más o menos federales o que no hayan sido inequívocamente unitarios, veía con profundo desagrado y creciente recelo los contactos que Adolfo, por consejo de Mitre, estaba ensayando para granjearse el apoyo de personalidades del federalismo del interior del país. Por eso terminó respaldando a Rufino. Fíjese, si Mariano no hubiera hecho ese inesperado giro en sus inclinaciones, su presencia en nuestra Legación, Vareлита, me hubiera resultado absolutamente indiferente.

”Pero, recibido el apoyo de *La Tribuna*, y oído su apellido y confirmado por Bartolito el parentesco, yo lo acepté con ciertos remilgos. No quería dejar suelta en el país una correspondencia escrita por mí a la peligrosa Redacción de ese diario, máxime cuando Héctor, siempre imprevisible y prepotente, podía volver en cualquier momento y retomar el timón.

”Bartolito, por hijo de Mitre, no podía ser el informante que yo necesitaba. Y en eso... ¡cae usted! Y cumple admirablemente esa función, para granjearse mi aprecio y para que a mí me importara cada vez más mantenerlo en mi círculo. Visto de afuera, usted estaba mucho más cercano a ellos que a mí. ¡Ya podía enviarles a sus primos material que a mí me quedaba demasiado comprometedor, como la carta en que puteé a Mitre, rechazando el Ministerio que acababa de ofrecerme al regresar del Paraguay para retomar el ejercicio de la

Presidencia! ¡Suya y para nada mía, Vareleta, sería la responsabilidad! Bien podía alegrar yo que había recibido en mi entorno un caballo de Troya.

”Ya la primera vez que nos vimos, usted, probándome que era un excelente lector de mis obras y, por lo tanto, un muy vulnerable interesado en la educación popular, me generó un afecto que yo no preveía, porque pasé a verlo bajo la luz de intereses mucho más nobles y perdurables.

”Sí, Vareleta, ambos tuvimos mucha suerte al conocernos en el momento en que usted me visitó. Hoy, más que agradecerle los servicios electoreros que me dispensó, lo estimo sinceramente y abrigo inmensas expectativas ante su futuro.

”Pero lo admito: yo lo recibí para usarlo.

”¡Y mire usted en qué afectuoso vínculo hemos desembocado! ¡Suerte para su patria que usted no sea argentino ni le interese serlo! De lo contrario, en Montevideo, saludaba de pasada a los suyos y seguía conmigo a Buenos Aires. ¡No avizoro mejor secretario general de la Presidencia!

Don Domingo calló y perdió la mirada en el océano. Instantes después, como si todavía estuviera sumido en esa melancolía metafísica que suscita toda contemplación de la inmensidad, lo miró a Pedro de reajo para explorar la reacción que pudiera trasuntar su semblante ante lo que no dejaba de ser un ofrecimiento, aparentemente hipotético pero sustantivo.

Lo vio inmune a esa halagadora posibilidad. Casi con fastidio le comentó, sin apartar los ojos del mar:

—Después de todo, si de patrias habláramos, sería regresar a la tierra de sus mayores...

Pedro no demoró en contestarle:

—No pasé por Galicia, pero no tengo ningún motivo para repatriarme en ella.

El Viejo se sonrió, le palmeó el hombro y, con la resignación que llegado el caso siempre cultiva un espíritu superior, volvió a su ensimismamiento ante el océano.

* * *

¡Bueno, Pepa, sí! ¡Gracias por considerarme el más detallista colaborador tuyo! ¡Parece que no hubieras contabilizado las cuartillas, a veces tan frívolas, que te remitió Bartolito! ¿O prefieres que te

rinda testimonio por escrito, midiendo las palabras, como sabemos hacerlo los abogados? ¡No, señora! Todavía me niego a ir al puerto a recibir a Pedro.

Nos es aún imprescindible referirnos al giro de ciento ochenta grados de Pedro en la valoración de las damas y de los negros —y, por lógica extensión, de nuestros gauchos—. Al leer sus cartas de *El Siglo* y lo narrado por Bartolito entre ostras de crema pastelera y sambayón, sabemos que en esa transformación influyó mucho la casual pero histórica plática con Anne y Crawford. Pedro terminó viendo a las damas como ciudadanas ya cabales y a los negros como ciudadanos recuperables, mediante un esfuerzo docente que se les destinara en especial. El mito del lento crecimiento del bosque, a través de sucesivas generaciones, se le disipó por completo. De ahí pienso que provino el énfasis impaciente que desde entonces lo animó respecto de las escuelas rurales. Me llama la atención que hasta ahora, fines de este siglo XIX, no se haya reparado en que las escuelas rurales que inauguró fueron muchas más que las urbanas.

El juicio político al presidente Johnson, más allá de las corrup-telas que lo ayudó a advertir el periodista Villard, terminaron convenciéndolo de que una democracia, incluso una no enteramente sólida, era la única forma de acceso a la convivencia pacífica de una nación. Ahora entiendo por qué le dedicó tanto espacio en varias de sus últimas cartas.

Lo que el masón Mitre y Vedia ha soslayado es su religiosidad secularizada pero auténtica, de hondas raíces cristianas aunque anticatólicas. Su reacción me recuerda la de Juana Manso, quien sorprendió a todo su círculo íntimo convirtiéndose, en su agonía, a la Iglesia Anglicana, llevando a un extremo insólito su dependencia por la cultura anglosajona. Hallaba en los anglicanos una libertad de espíritu que ella no pudo encontrar en la Iglesia Católica, a la que vanamente siguió intentando pertenecer. Pedro nunca fue un puro deísta; siempre tuvo nostalgia más por el Carpintero que por el Padre, si bien, por su visceral incompatibilidad con el dogmatismo y el cesaropapismo de la Iglesia, no pudo seguir integrado a ella. Vuelvo a acudir a mi fórmula: “cristianamente anticlerical”. Casi un protestante. De no ser por los temores a un escándalo familiar con su madre y sus hermanas Elvira y Juanonga, entrañables activistas en el retorno de los jesuitas y, sobre todo, a una aguda crisis conyugal con Adela, hubiera estado muy vulnerable a la tentación de trascender, al plano religioso, su cada vez más amistosa relación con los recién llegados metodistas.

Quien relea sus cartas desde Estados Unidos, quien haya oído como yo sus comentarios, sabrá su valoración positiva de la religiosidad *yankee*, llegando a ponderar su propia vertiente católica.

Aquí tengo anotado un pasaje de su “Carta Undécima”:

Las religiones que dominan al pueblo norteamericano, modificadas unas por otras, obligadas a ser buenas para poder vivir, son, aquí, todas sostenedoras del libre pensamiento. Es por eso que el pueblo ama la libertad, su religión se lo aconseja.

[...] *Las religiones muertas no sirven para los pueblos que caminan. La democracia americana necesita un dios vivo que marche y que palpite con ella.*

Y lo que más me importa destacar es que el Pedro que desembarcó del AUNIS y se abrazó con nosotros en el muelle nos llegó transformado; no digo maduro, pero en pleno y acelerado crecimiento. Ese rasgo de segura y honda convicción creo que, aun más que en la evolución de sus ideas, fue su gran cambio, la más trascendente variación que le aportó su viaje. No en balde había estado en presencia de personalidades de altísima talla. No me refiero tanto a Víctor Hugo, que lo terminó desilusionando, o a Julián Favre o Adelina Patti, con quienes no llegó a cruzar palabra. Más bien estoy pensando en Sarmiento, por supuesto, pero también en las tres hermanas Peabody y todas las otras luminarias de la educación popular que el Viejo le fue presentando; y, por cierto, estoy lejos de olvidarme de Anne y de Joseph.

Bastante después nos diría en Buenos Aires a Bartolito y a mí:

—No fui yo el primero en decirlo, aunque sí tal vez en pensarlo. Pero el propio don Domingo me dijo, y más de una vez en nuestro regreso, que llevar a Annie al borde del enamoramiento muy pocos varones podrían haberlo logrado.

Y se quedó callado, mirando hacia la calle, absteniéndose de escrutar nuestra reacción y dándonos tiempo para que midiéramos cabalmente su enternecida y muy convencida jactancia.

Bueno, nunca fue lo que se dice humilde. Cuando joven, a menudo, parecía infatuado. Desde el regreso, cada vez que se elogiaba a sí mismo, de modo muy esporádico y moderado, los que lo escuchábamos teníamos que reconocer la justicia de su autovaloración. Esa seguridad en sí mismo fue vital para que superara muchos obstáculos. Y se nos fue haciendo evidente que esos esporádicos deslices de inmodestia eran mecanismos no muy pensados para restañar una

autoestima que el fragor de la Reforma muchas veces le machucaba con inusitada dureza.

En esa recordada borrachera en Buenos Aires, nos dijo, todavía muy persuadido y casi persuasivo:

—Yo, Vareleta, como me decía Sarmiento, confirmé por dónde debía seguir rumbeando cuando tomé conciencia de que había casi enamorado a semejante mujer. Cuando quedé solo en el andén y ya no la vi más despidiéndose, tan conmovida, por la ventanilla, lloré y gemí, pero poco a poco me fui sintiendo mucho más digno de pisar este mundo. ¡Fue una sensación muy rara! ¡De tan rápido consuelo! Un raro alivio, así lo calificaría. Por más de una razón, lo nuestro era imposible. No olvidemos, por ejemplo, que Annie era una *yankee* que no se adaptaría a este país, y que yo no podría quedarme en los Estados Unidos para llevarle las maletas de ciudad en ciudad. Y a mi corazón, ¡ay qué mezcla de bondad y de maldad encerramos!, volvió la petisita de la calle Sarandí, la *mujerica* tan sencilla y tan compleja.

Pero, Pepa, no nos apresuremos a rescatarlo en una re enamorada castidad. Ese espíritu recién crecido, que acababa de poner sus plantas en los verdaderos caminos de la grandeza humana, cedió pronto a las debilidades tan varelianas de su carne fogosa, y eso no te lo ha contado Bartolito, porque no lo supo o decidió callarlo o no leyó u olvidó lo que Pedro cuenta en la Carta Décimo Novena, como si únicamente fuera un observador científico —sociólogo, dirían los positivistas— de los usos eróticos de Nueva York:

Lo que no sabemos tampoco es que todos los días el New York Herald trae ocho o diez avisos más o menos de este tenor: “Mary: he recibido su carta. Espéreme el sábado a las cuatro en la esquina de la cuarta Avenida y de la calle Doce”. Y otros como este: “Teatro Francés. El caballero de barba y bigote negro, que la señora de vestido azul notó al salir del teatro el martes pasado, desearía tener una entrevista con esa dama. Dirigirse a Carlos Smith, D. New York”.

Así las aventuras amorosas se desarrollan a vista y paciencia del público, que lee en vano esos mensajes tratando de adivinar el misterio que encierran.

Pero de todos los avisos de este género que se publican en los diarios de Nueva York, ninguno me había parecido tan original como los que aparecían bajo el epígrafe “Matrimoniales”.

Había yo oído que a estos avisos respondían siempre docenas de niñas y que más de un casamiento se había formado teniendo por base un anuncio publicado en el Herald, en el que se pedía entrar en relación con algunas niñas con el objeto de contraer enlace, siempre que las partes se convinieran.

Parecíame tan rara la idea, que no podía menos que dudar fuera cierto y como el mayor medio de convencerme de ello, publiqué en el Herald el siguiente aviso:

“Matrimonial. Un joven extranjero, con medios asegurados de existencia, desea establecer relación con una joven de educación y buena apariencia; objeto, mejora mutua y quizá casamiento. Dirigirse a J.P.V. Station D. Nueva York”.

Al día siguiente recibí un montón de cartas; unas dándome citas para puntos determinados, otras pidiéndome datos acerca de mi posición y de mi figura y algunas también, fácil era adivinar, no habían sido escritas por niñas muy cándidas.

Adela no le perdonó esta transgresión. Impulsiva, en el mismo día en que *El Siglo* publicó esa “Carta”, le respondió a la casilla postal que Pedro indicaba en su aviso con una nota escueta que, según Amelia, estaba concebida más o menos en estos términos:

Joven dama oriental, de esmerada educación y bastante agraciada, según el juicio de sus muchos pretendientes pese a que ya no es una cándida niña muy inocente, con medios de subsistencia muy asegurados, duda si ya no se ha dilatado demasiado su espera para una hasta hoy muy poco disfrutable mejora mutua y un menos alentador posible matrimonio. Solo dirigir excusas muy persuasivas a A.A.V. Sarandí 85. Montevideo.

Pedro la recibió a principios de junio. Se deshizo en sucesivas disculpas epistolares, asegurándole a Adela que todo se había reducido a un “*inocente experimento*”, que nada había ocurrido ni con la “*sencilla hija del campo llena de vida y jovialidad*” ni con la lacónica y pragmática corresponsal que se había limitado a contestarle: “*Venga usted la noche que quiera esta semana, entre las 20 y 21 p.m.*”. Que le extrañaba que no hubiera advertido cuál era la finalidad de la carta: explorar, como lo decía el propio texto “*una de las originalidades del carácter norteamericano*” y, sobre todo, el “*fondo de dolor y de hastío*” en el que allí viven los jóvenes de uno y otro sexo. Es la “*soledad y el*

vacío con el que nos va a castigar, con su creciente ajetreo, la sociedad contemporánea”.

Ninguno de los dos hizo lo suficiente para superar la crisis. Ella no le concedió respuesta y él no anticipó su retorno. Por el contrario, lo postergó hasta bien entrado julio, para poder compartir el viaje con Sarmiento.

Zarparon el 23 de ese mes, a bordo del MERRIMAC. Si bien el Viejo estaba impaciente por saber de una vez cómo se dilucidaría la elección presidencial, fueron compañeros inseparables, ya sea jugando al ajedrez, compartiendo confidencias o departiendo sobre la educación popular, a partir de los libros que Pedro iba leyendo en el transcurso del viaje y que había adquirido en una intensa y prolongada incursión por las mejores librerías de Nueva York, con la guía de quien habría de ser, en pocas semanas, el nuevo presidente de los argentinos.

Confirmaron la noticia el 17 de agosto cuando, casi a la entrada del puerto de Bahía, un almirante norteamericano, desde la fragata GUERRIOR, le tributó a don Domingo honores presidenciales, mandando que su tripulación trepara por todo el velamen y lo vivara, entonara un himno y disparara las consabidas veintiuna salvas.

Contó Pedro que el Viejo, en vez de sonreírse, lloró. Cuando en la noche se encaminaban a sus camarotes, luego de una cena fastuosa que organizó el capitán del MERRIMAC, le confesó:

—¿Sabe por qué lloré? ¡Por mis muertos! Me sentí sentado en el sillón de Rivadavia, empuñando el bastón y portando por fin la banda presidencial que a usted le consta que tanto he ansiado, pero no tenía a mi lado ni a mi madre, ni a Dominguito, ni a mi loco yerno Belin, ni al doctor Aberastain, que tanto guió mis primeros pasos; ni a Juan Godoy, Hilarión Moreno, Jacinto y Demetrio Peña, quienes depositaron en mí una confianza que siempre me pareció injustificada; ni al malogrado Marcos Gómez ni al querido Soriano, que tan sin motivo y, sin antes acudir a mí, se suicidó.

”En ese momento, a solas con usted, sin otro ser querido que me acompañara, un mundo fúnebre me rodeó. De algún modo, yo sentí presentes a mis muertos más recordados. Y yo, que suelo ser tan ingrato, tan desembarazado del pasado y tan atado al presente y al futuro, les agradecí todo lo que me habían dado. Mi triunfo no era mío, sino de ellos.

Volviendo a lagrimear, puso una mano en el hombro de Pedro y aventuró un vaticinio erróneo pero no ilógico:

—¡Usted también será exaltado! ¡Lo más probable es que yo ya no esté a su lado! ¡Le ruego que me sienta tocándole, bendiciéndole el hombro, como ahora lo hago! ¡Igual que esta mañana sentí a mi madre acariciándome la frente, aunque solo fuera la brisa del océano!

Creo que Pedro, cada vez que la necesitó, sintió la mano de Sarmiento en su hombro.

* * *

¡Sin que todavía hayas mandado que trajeran mi té, te satisfago!

El 28 de agosto se presentó como un día de un invierno que, moribundo, no se resignaba a retirarse. El cielo estaba cubierto de nubes que se perseguían las unas a las otras; una todavía incipiente sudestada nos azotaba con una llovizna gélida, tenue pero constante, que nos dificultaba mucho el mantener enhiestos y firmes los paraguas. El espejo de la bahía, en general tan calmo, estaba agitado y auguraba un difícil desembarco de los viajeros.

Yo tenía, sobre todo, la barba y las cejas empapadas y me ardía la nariz. Para colmo, el AUNIS era esperado para las primeras horas del día, entre las siete y las ocho, pero ya llevaba un retraso de media hora. Salvo los viejos Varela Berro, a quienes Elvira y Jacobo mantuvieron recluidos en su casa, estábamos todos los familiares y los amigos.

Me preocupó que Adela, ratificando una negativa inicial, no había consentido que Alfredo y Juanonga la trajeran consigo. Su ausencia dolería a Pedro. Oí un diálogo de Amelia y Juana. La hermana porfiaba en decirle la verdad al recién llegado (“*Con Pedro nunca nos hemos engañado*”); Amelia defendía aducir, como excusa, un fuerte estado gripal de Adela.

—¿Y hasta cuándo podríamos estirar la mentira? —preguntó Juanonga, dando por concluida la discusión.

Pese a las inclemencias atmosféricas, fuimos muchos más los que recibimos al AUNIS que quienes despedimos al ARNO. Pero el aumento de la presencia de personalidades en el muelle no se debía, por supuesto, al arribo de Pedro. Todas estaban convocadas por la escala que haría Sarmiento en Montevideo.

No acudió el presidente Batlle, pero asistían dos de los ministros de su segundo Gabinete, que se había visto forzado a nombrar en junio. Recuerdo al padre de Julio, don Manuel Herrera y Obes, por entonces ya sexagenario, que era el ministro de Relaciones Exteriores —abrigado en extremo con un sobretodo de cuello cerrado y

recubierto de astracán, un sombrero redondo de cuero forrado de lana, a la rusa, calzado hasta las cejas, y una bufanda negra cubriéndole boca y nariz—, protegido por el inmenso paraguas que, con ostensible esfuerzo, le sostenía sobre su cabeza un edecán de gruesos bigotes, expuesto por entero a la lluvia. Y más atrás, vi al insignificante Antonio Rodríguez Caballero, fugaz ministro de Gobierno. También habían concurrido legisladores y nuestros principales periodistas, tantos que sería aburrido enumerártelos.

Había además argentinos, residentes en Montevideo o que habían venido de Buenos Aires especialmente para la ocasión: amigos, políticos y periodistas partidarios de Sarmiento. Entre estos últimos, te cito cinco nombres: cuatro de los Varela Cané, Héctor Florencio —quien, asesinado su protector Venancio Flores y mal visto por Batlle, todavía estaba en Montevideo aunque ya había renunciado a la diputación y tenía muy aprestado su regreso para cosechar en su beneficio personal el primer acierto electoral de *La Tribuna*—, Mariano, Rufino y Luis Vicente, que departían animadamente con Jacobo Dionisio y Adolfo Vaillant, y dos militares que habían sido decisivos para aglutinar al Ejército argentino, cada vez más influyente desde que se inició la Guerra del Paraguay, en torno a la candidatura de Sarmiento: el general José Arredondo y el coronel Lucio Mansilla. Este, por las pocas palabras que intercambié con él, no disimulaba que lo excitaba una desmesurada expectativa de retribución política por el apoyo que había brindado. Me habló como si ya fuera... yo qué sé... el inminente nuevo ministro de Gobierno o de Guerra. No se refería a Sarmiento en tercera persona, sino que lo incluía en un “nosotros” que desnudaba su inocultable ambición. Así le fue. Dicen que cuando se apuró a acudir a su casa en Buenos Aires, el Viejo no se molestó siquiera en abrirle la puerta y que le espetó, a través de la gruesa madera de su zaguán, algo así como:

—¡Sería una torpeza que trepáramos dos locos al Poder Ejecutivo! ¡La Nación apenas podrá tolerarme a mí!

* * *

El destino quiso que el arribo de Pedro fuera apoteósico. Por reflejo, por efecto secundario, claro, porque el centro de los vítores y de los aplausos fue, por supuesto, don Domingo. Pero tanto cariño nuestro amigo le había suscitado al Viejo que, todavía en plena cubierta del AUNIS, con la totalidad de la tripulación formada en su honor, se

dio vuelta, lo buscó entre los demás pasajeros, lo llamó con un gesto de la mano y lo hizo venir junto a sí.

Consumado histrión, Sarmiento, cuando lo tuvo a Pedro a dos pasos, buscó la respuesta de nuestra pequeña multitud en el muelle, alzando ambos brazos y girando lentamente su cuerpo de izquierda a derecha. Logró ser, como lo había pretendido, la imagen de la victoria. “*Y de la esperanza*”, fue la impresión más femenina de Amelia. Así, sin bajar los brazos, la mano derecha llamó al oriental a su lado. Nuestro amigo me confesó que quedó desconcertado, hasta el extremo de que dio los dos pasos porque el capitán lo empujó impaciente, ejerciendo una confianza que él jamás le había dispensado.

Y cuando lo tuvo cerca, la mano izquierda de don Domingo asaltó imprevista e irresistiblemente el pulso derecho de Pedro y lo alzó todo lo que pudo, asociándolo a ese triunfo o a esa sólida ilusión que, hasta ese instante, le reconocíamos en exclusiva. Y allí lo retuvo largo rato.

Todos entendimos lo que nos quería significar Sarmiento y proseguimos nuestra ovación. Pedro, te lo digo de paso, demostró su absoluta carencia de cualidades para el liderazgo político: evidenció, sobre todo, ese pánico escénico que, al principio de su carrera, lo inhibía antes de comenzar cualquier exposición pública. No supo sonreír como Sarmiento, no atinó a levantar plenamente el brazo izquierdo, del que disponía con entera libertad. Optó por alzarlo a medias, en una rígida ele: el brazo a la altura de su oreja; el antebrazo, con el codo como vértice de un ángulo recto, muy alejado del cuerpo; la mano paralizada, hacia delante y no hacia arriba, y la cabeza mirando hacia abajo. En una palabra: se abstuvo de la más elemental retribución a nuestro saludo. “*¡Es Pedro, es Pedro!*”, había clamado histéricamente su grupo de hermanas, cuñadas y amigas.

—Por más que me esforzaba, yo no divisaba a Adela —me dijo esa misma noche, defendiendo su inhibición y la falta de un mínimo de soltura cuando Sarmiento había tenido la deferencia de traerlo a su vera y de alzarle el brazo para que compartiera los vítores que provenían del muelle.

Enseguida, don Domingo protagonizó un instante cuya trascendencia histórica aún no me siento capaz de discernir. Ya tenía a su alcance, porque la habría pedido, una bocina cónica, de esas que usan los oficiales navales para hacer audibles sus órdenes a todos sus hombres, cualesquiera sean las condiciones climáticas.

Soltó a Pedro. Tomó el altavoz, nos lo mostró a los que estábamos en el muelle, y con la otra mano nos demandó silencio. Cuando lo obtuvo, clamó:

—¡Viva la gran nación del Río de la Plata! ¡Vivan Uruguay y Argentina!

Y abrazó a Pedro, como si fuera su hijo o su más dilecto discípulo, y entonces, cuando cesó la primera ovación, volvió a gritar, sacudiéndole el hombro:

—¡Viva la Educación Popular!

Fue la primera vez que los uruguayos asociamos el nombre de Pedro con la educación del pueblo, como a él le gustaba llamarla.

Por fin, Pedro sonrió. Y con esas sonrisas amplísimas que solo muy de tanto en tanto desplegaba, casi de oreja a oreja. Una sonrisa que le brotaba del alma; que se veía a veinte metros, que era la distancia a la que estábamos. Y al separarse del abrazo de Sarmiento, muy tardíamente levantó sus dos brazos, crispando sus puños, hacia los que estábamos en el muelle.

* * *

Tal como lo esperábamos, en la primera buceta desembarcaron, con otros dos anónimos pasajeros, Sarmiento y Pedro. Yo me acerqué a mi amigo. Julio, no. Se fue con su padre, el ministro, los Varela Cané y mi hermano José Pedro, al encuentro del hombre importante, detalle que Pedro, con una sonrisa irónica, no dejó de percibir.

Jacobo, consumado caballero, dejó que sus hermanas, su mujer y hasta Amelia abrazaran al recién llegado. Pero a mí no me concedió parecida prioridad: él era el hermano de sangre; yo, apenas un amigo, y Alfredo, quien me cedió el lugar, un cuñado. Esto te lo cuento, Pepa, para que me creas que presencié muy de cerca la perpleja y muy sentida nostalgia por Adela que sufrió Pedro. Las demás mujeres, así se tratara de Juanonga, su hermana predilecta, le importaron poco.

Hubo un instante en que, desasido del abrazo de Elvira, Pedro preguntó por Adela.

—No pudo venir... Está enferma —se apuró a contestar Amelia.

—No quiso venir y está en todo su derecho —corrigió Juanonga, con inocultable censura, para que su hermano no tuviera la menor duda de que se solidarizaba con la ausente.